

bien, frente a la mujer. Y esto es, seguramente, lo que más le hizo sufrir en la vida, pues consideraba el amor superior a todas las cosas: «L'amour a toujours été pour moi la plus grande affaires ou plutot la seule». En seguida, su muerte en una calle de Civitavecchia, el descubrimiento de su tumba cuarenta y tantos años después, la celebridad póstuma de su obra, etc.

Para terminar esta breve glosa, citaremos las palabras de Zweig, donde creemos sintetiza todo el valor de la obra stendhaliana: «Desplazado con respecto a sus contemporáneos, acaba por emprender el vuelo y pasar por encima de todos ellos, si se exceptúa a Balzac, pues, aunque ambos son antípodas en el mundo del arte, sólo ellos dos, Balzac y Stendhal, se han elevado por encima de su época; Balzac, al aumentar monstruosamente, según las proporciones de entonces, el poder del dinero y el mecanismo de la política y de la sociedad; Stendhal, por su parte, al diseccionar con ojo de psicólogo el detalle y matiz del individuo. Balzac nos ha dado bien el futuro desarrollo de la sociedad y Stendhal, el de la moderna psicología; y la visión de ambos sienta perfectamente a la sociedad y al individuo de hoy, respectivamente. La visión de Balzac adivinó el mundo de hoy; la intuición de Stendhal adivinó al hombre moderno».—A. T.

EL LIBRO DE LAS FUNDACIONES, por *Emilio Rodríguez Mendoza*.
Editorial Nascimento, 1935,

Entre los escritores chilenos de su generación es Emilio Rodríguez Mendoza uno de los más atrayentes y medulares y uno de los pocos que continúa escribiendo con la misma persistencia y entusiasmo de sus años mozos. Al contrario, parece que la mocedad del espíritu en vez de decrecer ha ido acrecentándose y consolidándose como si la vida, en su sentido de decaimiento cuando trascurren sus estadios vibrantes, hubieran ido acumulando remozados y nuevos materiales internos, aumentados y dignificados por la experiencia vital, pragmatizándose en segui-

da en una más sólida y rica y saludable juventud del espíritu. Su «Libro de las fundaciones» confirma una vez más lo que apuntamos.

Si padeciéramos el afán clasificador (¿en el fondo acaso toda opinión no es una clasificación?), diríamos que «El libro de las fundaciones» es un volumen de la historia, pero de la historia como no estamos habituados a conocer en este país tan largo y hermoso; de historia ortodoxa, si así pudiéramos decir, pues Rodríguez Mendoza no sistematiza su estudio ni la interpreta desde una posición doctrinaria o científica. Está muy lejos de orillar concepciones históricas más o menos célebres, ya sean basadas en principios de Taine, Chamberlain y Marx, y más aun del chileno señor Encina, y aunque a veces se siente tentado a introducir elementos sociológicos y lo hace de cuando en cuando rápidamente, como tránsito fugitivo, en general, se detiene a tiempo. Si esto, en otra ocasión pudimos anotar como reproche, ahora lo hacemos en su inverso significado. De ahí la livianura y agilidad y amenidad tan decorosamente conseguida de su volumen. Con unos cuantos hechos fundamentales y con algunos accesorios muy pintorescos del descubrimiento y conquista de América por los españoles le da contorno seguro y enjundioso a su «Libro de las fundaciones», pues no incluye jamás el detalle, sino cuando éste tiene contenido explicativo, cuando éste posee índole integrante y puede ayudar a la expresión totalizadora del hecho principal. Casi no hay fechas ni acciones guerreras, porque el interés cardinal que mueve a Emilio Rodríguez Mendoza es el de darnos una impresión de conjunto y de síntesis del espíritu que animó el descubrimiento y conquista, lográndolo de manera por demás honorable y satisfactoria.

Una de las más fuertes características de esta obra, la que se evidencia con más certero y agudo perfil, es la sensación de originalidad exacta que comunica al lector y que se desprende, desde luego, no del andamiaje de su tema, de la estructura del hecho relatado, sino del ritmo interior que le confiere la poderosa,

personalidad de escritor que habita, expresándose, en Emilio Rodríguez Mendoza. Aun más, el tema en sí mismo—que ha sido explotado en cantidades industriales—a menudo aparece exteriorizado tan novedosamente que imaginamos estar frente a un motivo inédito, pues vamos de sorpresa en sorpresa, como si no conociéramos el desarrollo y el término de las acciones narradas. Y esto, en realidad, lo consideramos un triunfo, ya que la dificultad de alcanzar semejante resultado en una obra histórica que no plantea, simultáneamente puntos de vista doctrinarios personales, es palmaria. En este sentido Rodríguez Mendoza ha sorteado gozosamente los innumerables escollos que standarizan a muchas de las obras que se han ocupado del mismo espacio de historia americana.

En cuanto al ritmo interior de que hablábamos, éste puede definirse como la manera individual de enfocar los hechos y conducir el desarrollo de la narración, en cuya manera se destaca sabrosamente la familiaridad con que observa y describe y trata a los personajes históricos y sus acciones, acercándolos a la intimidad de los lectores. Los vemos moverse y agitarse con tanta humanidad en pos de sus intereses y satisfacciones vitales y secundarias, saturados de egoísmos y pasiones no siempre bien lavadas, que se graban con seguridad en la retina de la memoria. Ese tuerto Almagro, «el bohemio de la conquista», sifilítico, altanero y dispendioso con sus soldados, verdadera excepción entre tanto hombre sórdido y mezquino, sólo en este libro lo hemos aprendido a querer. Así también, como a Pedro de Valdivia, desinteresado y pujante, resuelto y definitivo tipo de fundador, «lo que le da a su empresa contornos notoriamente diversos al resto del descubrimiento y la conquista», lo vemos íntegro en toda su sufrida grandeza y en toda la solidez de su tamaño.

También sobresale, paralelamente a la sensación de originalidad, el estilo con que está escrita esta obra y que tal vez, en no escasa medida contribuye a dar esa misma sensación. Ex-

traordinariamente rico en giros y palabras, con estricta novedad y oportunidad en la adjetivación, jugoso, cargado de colorido, pintoresco y juguetón, que lo diferencia, destacándolo, de manera instantánea, de cualquier otro escritor chileno, ubicándolo en una cima de estatura señera.

«El libro de las fundaciones» es sin duda uno de los más bellos libros chilenos publicados en 1935.—ARTURO TRONCOSO.

PROYECCIONES DE LA INTUICIÓN.—NUEVOS ESTUDIOS SOBRE LA FILOSOFÍA BERGSONIANA, por *Enrique Molina*, Presidente de la Universidad de Concepción.—Prensas de la Universidad de Chile.—1935.

Este es el tercer libro en el que don Enrique Molina aborda el tema de la filosofía bergsoniana, «La filosofía de Bergson» y «Dos filósofos contemporáneos (Guyau-Bergson)» son los anteriores. En éste, en buena cuenta, induce de la filosofía bergsoniana conclusiones que el filósofo francés no siempre afirmó con certidumbre.

La lectura de «Proyecciones de la intuición» remoja en los recuerdos de mi vida de estudiante y mis primeros ensayos intelectuales, aunque resulta paradójico hablar de «intelectualismo» al tratar de Bergson.

En la Universidad de Lima tuvimos un mosaico de doctrinas filosóficas: lo indispensable para desorientarnos o para inducirnos a buscar nuestro propio camino. Mientras don Mariano Cornejo dictaba una sociología spenceriana, plenamente mecanicista, el profesor de filosofía subjetiva se entusiasmaba con Bergson, y el de metafísica sentía pasión por Dreishcke y se entusiasmaba con Boutroux.

El introductor oficial del bergsonismo en San Marcos fué don Javier Prado, entonces decano de la Facultad de Letras y, luego, le sucedió don Alejandro Deustua, en el decanato y en el bergsonismo.